

Ofrecer, anunciar y servir

La misión del laico

Por Rodrigo G. Llanos Gómez

El laico es un bautizado enviado a hacer presente a Cristo allí donde se decide la vida real del mundo: la familia, el trabajo, la cultura, la economía, la política, la educación, la empresa, la amistad, el sufrimiento y la vida social. No es un cristiano de segunda línea ni un simple colaborador de tareas eclesiales.

Su misión puede resumirse en tres verbos: ofrecer, anunciar y servir. Ofrecer la propia vida al Padre unido a Cristo; anunciar el Evangelio con la coherencia de la vida y la claridad de la palabra; servir al mundo ordenando la libertad, la cultura y las estructuras temporales según Dios.

La vocación laical nace del misterio mismo de la Iglesia. La Iglesia es el Cuerpo de Cristo: comunión visible e invisible, sacramental y social, convocada por el Padre, en el Hijo y por el Espíritu Santo, para llevar a los hombres a la comunión con Dios y entre sí. Por eso, su misión no pertenece sólo a algunos. Todo bautizado participa, en Cristo, de una misión sacerdotal, profética y regia.

Cristo es Sacerdote, Profeta y Rey. Como Sacerdote, se ofrece al Padre y reconcilia a la humanidad; como Profeta, revela la verdad de Dios; como Rey, no domina, sino que sirve, vence al pecado y conduce todas las cosas hacia el Padre. El laico participa de esa triple misión no por delegación ocasional de la jerarquía, sino por su incorporación real a Cristo: el bautismo lo une al Señor, la confirmación lo fortalece con el Espíritu y la Eucaristía configura su vida como ofrenda.

La dignidad cristiana es común a todos los fieles, pero la vocación laical tiene un modo propio: vivir la unión con Cristo en medio de las realidades temporales. Esa es su índole secular. No significa secularismo ni mundanización de la fe. Significa que el laico está llamado a encontrar, amar y servir a Dios en la entraña de la vida ordinaria. El laico no sale de la Iglesia para ir al mundo; como miembro vivo de la Iglesia, la hace presente habitando cristianamente el mundo.

El laico participa del sacerdocio de Cristo cuando convierte su vida en ofrenda. Su sacerdocio común no es una metáfora piadosa. Por el bautismo, puede unir a Cristo su oración, su trabajo, su familia, sus decisiones, sus alegrías, sus cansancios y sus sufrimientos.



Este sacerdocio común no sustituye al sacerdocio ministerial; ambos proceden de Cristo, pero se ordenan de modo esencialmente distinto al servicio de la comunión y de la misión de la Iglesia.

La Eucaristía no sólo alimenta esta misión; le da su forma. Quien recibe el Cuerpo entregado de Cristo aprende a hacer de su propia vida una existencia ofrecida. Quien bebe la Sangre derramada aprende que la libertad cristiana no culmina en poseerse, sino en darse. Así, la vida ordinaria entra en la lógica de Cristo: recibir del Padre, ofrecerse con el Hijo y volver al mundo como servicio.

Por eso, la santificación del mundo no comienza necesariamente con grandes programas, sino con la transformación cristiana de lo cotidiano. Un padre que educa con fe, una madre que sostiene la vida familiar, un empresario que antepone la justicia a la ganancia fácil, un profesional que trabaja con rectitud, un joven que ordena sus afectos, un servidor público que actúa con honestidad, un enfermo que une su dolor a Cristo: todos ellos ejercen realmente el sacerdocio común cuando hacen de su vida una ofrenda al Padre.

El laico participa del profetismo de Cristo cuando recibe, vive y anuncia la verdad del Evangelio. Su primera palabra es su propia vida: la coherencia entre lo que cree, ama, decide y hace. Muchos no escucharán el Evangelio en una predicación formal, pero podrán encontrarlo en un compañero de trabajo, un maestro, un médico, un empresario, un artista, un servidor público, una madre de familia, un universitario o un amigo.

Pero el testimonio no elimina la palabra. El laico también debe dar razón de su esperanza cuando las circunstancias lo piden. Para ello necesita formación, vida sacramental, oración, prudencia, competencia profesional y caridad. Anunciar el Evangelio no es convertir la fe en ideología ni imponerla por la fuerza; es mostrar la verdad de Cristo con claridad, respeto y valentía.

El laico participa de la realeza de Cristo cuando aprende a reinar como Él: sirviendo. Cristo no reina dominando, sino entregándose. Por eso, la realeza cristiana comienza por el dominio de sí mismo. El primer territorio que debe ser ordenado bajo el señorío de Cristo es la propia vida: pasiones, deseos, criterios, decisiones, relaciones y bienes.

Sin conversión personal, la misión se vuelve activismo. No se puede transformar cristianamente el mundo si antes no se permite que Cristo transforme el corazón. Sin vida interior, la acción se dispersa; sin virtud, la



autoridad se degrada en poder; sin caridad, la justicia se endurece; sin Dios, la libertad se extravía.

Pero la realeza cristiana no se encierra en la intimidad. Los laicos participan de ella cuando trabajan por sanar las estructuras temporales: la política, la economía, la empresa, el derecho, la educación, la comunicación, la ciencia, la tecnología y la cultura. Todas esas realidades pueden servir a la persona o instrumentalizarla, abrirse a Dios o cerrarse a Él.

Por eso, la vocación laical exige iniciativa. No corresponde ordinariamente a los pastores ofrecer soluciones técnicas para la vida económica, política o cultural. Corresponde principalmente a los laicos, formados en la fe y competentes en sus propios campos, discernir caminos concretos para que el Evangelio ilumine las realidades temporales.

Esta iniciativa no significa aislamiento ni autonomía respecto de la Iglesia, sino madurez cristiana vivida en comunión con los pastores y fidelidad al Magisterio. La misión del laico no consiste en clericalizar el mundo, sino en abrirlo a Cristo desde dentro. Su meta no es sólo influir en la sociedad, sino santificarse en ella y contribuir a santificarla.

Aquí aparece un riesgo frecuente: el clericalismo práctico. Este puede darse, por una parte, cuando los ministros ordenados ocupan, dirigen o sustituyen ámbitos que corresponden ordinariamente a la responsabilidad propia de los laicos en el orden temporal: la política, la economía, la cultura, la empresa, la vida social o las soluciones técnicas que requieren preparación específica. Pero también puede darse, por otra parte, cuando los propios laicos reducen su vocación cristiana a tareas intraeclesiales, como si su mayor realización consistiera en ocupar funciones visibles dentro de la estructura eclesial.

La catequesis, la liturgia, los consejos pastorales y la caridad organizada son servicios valiosos. Pero no agotan la vocación laical. La parroquia, la liturgia y la formación alimentan la misión; no la sustituyen.

Los *tria munera* no son tres funciones separadas, sino tres dimensiones de una sola existencia cristiana. El laico participa del sacerdocio de Cristo cuando ofrece su vida al Padre; de su profecía, cuando testimonia la verdad del Evangelio; de su realeza, cuando gobierna su libertad en la virtud y sirve a la transformación cristiana del mundo.

En definitiva, los laicos no son simples destinatarios de la acción pastoral de la Iglesia. Son sujetos vivos de su misión. Su dignidad procede del



bautismo; su fortaleza, del Espíritu Santo; su alimento, de la Eucaristía; y su criterio, de la Palabra de Dios recibida en la Iglesia.

Allí donde se forma una familia, se educa una conciencia, se trabaja con rectitud, se crea cultura, se sirve al pobre o se acompaña el sufrimiento, allí puede hacerse presente Cristo por medio de los laicos.

El laico ofrece, anuncia y sirve. Ofrece su vida al Padre unido a Cristo; anuncia el Evangelio con la coherencia de su existencia y la claridad de su palabra; sirve al mundo ordenando la libertad, la cultura y las estructuras temporales según Dios. Así, la Iglesia no sólo sale al encuentro del mundo desde el templo: entra en la historia por la vida concreta de los bautizados que, alimentados por la Eucaristía, llevan a Cristo al corazón del mundo.

31 de mayo 2026

